

del tipo de ciudadano que más premiosamente necesitamos formar, apto para descuajar tanta riqueza perdida en las entrañas de la tierra, disuelta en la corriente de los ríos, erguida en el seno de los bosques, cabe el hombre cultivado en el sentimiento de lo bello. Es más: la verdadera, la sana poesía, es un estimulante de la vida, y quien dice de la vida dice de las fuerzas que la animan. (1)

Por eso creo que hay que insistir en demostrar la necesidad de dar a la poesía su verdadera importancia, no ya sólo en la educación de los jóvenes que cursan estudios secundarios y normales, sino también, y muy especialmente, en la educación del niño. Traigo en mi apoyo a Félix Pecaut, autor de «L'education publique et la vie nationale». «La poesía—dice—gracias a la lengua mágica de que dispone, es la gran evocadora que arranca al niño del pueblo del estado de inconsciente somnolencia, le revela a sí mismo haciéndole oír—en un lenguaje idealizado, es decir, lleno en el mayor grado de realidad moral, de sentimientos humanos—esos cantos de amor o de alegría o de tristeza, de recuerdo o de esperanza, de duda o de fe, de piedad o de indignación que resuenan confusamente en

---

(1) Dice Guyau, en su famoso libro *El arte desde el punto de vista sociológico*, que las emociones estéticas pueden influir no solamente sobre la vida de relación, sino también sobre la vida orgánica, cuya actividad circulatoria aumentan, y, por consecuencia, su actividad nutritiva. Hace ya tiempo que Haller comprobó que el sonido de un tambor acrecentaba la salida de la sangre por una vena abierta.